

ra mi porvenir, poseer el aprecio y el interés de un varón tan ilustrado y tan bondadoso como vos.

—Sí,—exclamó el prior Juan Perez de Marchena;—el cielo es quien os ha conducido á esta casa; él es quien me ha inspirado vivos deseos de conocer vuestra historia. Contad conmigo para todo; os he comprendido, y prometo ayudaros.

Al llegar á este punto, se levantó el prior y rogó á Colon y á su hijo que le siguieran al refectorio.

Después de obsequiarlos con abundantes manjares, les ofrecieron en el convento cómodos lechos.

El prior reunió á sus hermanos.

—Creed,—les dijo,—que la Providencia nos ha traído hasta las puertas del convento á ese hombre ilustre, á ese genio inspirado, por más que esté hoy desconocido. Bendigamos á Dios y respetemos sus designios.

Juan Perez de Marchena estaba resuelto á amparar á Colon; aunque vivía en el retiro, había sido confesor de la reina Isabel, y conservaba sobre su corazón una poderosa influencia.

Dios había guiado los pasos de Colon hasta el convento de la Rábida.

---

## Capítulo VII.

---

El prior Juan Perez de Marchena.

Dios se oculta en los detalles de las cosas humanas, y se presenta en su conjunto.

Ningun hombre sensato ha podido negar que los grandes acontecimientos que constituyen la vida histórica de la humanidad, han sido enlazados y coordinados secretamente por un hilo invisible, suspendido de la mano todopoderosa del soberano organizador de los mundos, para hacerles concurrir á un designio, á un plan.

¿Y cómo no había de suceder esto?

¿Cómo había de ser ciego el que ha dado la luz á los ojos?

¿Cómo había de carecer de idea y de pensamiento el que ha dotado á la criatura de inteligencia?

Los antiguos llamaban á este plan oculto, abso-

luto é irresistible de Dios, respecto de las cosas humanas, el destino, la fatalidad.

Los modernos le llaman la Providencia, nombre más inteligible, más religioso y más paternal.

Estudiando la historia de la humanidad, no puede ménos de reconocerse, á través de la accion libre del hombre, la accion soberana de la Providencia.

Esta accion no aminora en nada la libertad de nuestros actos, libertad que constituye la moralidad de los individuos y de los pueblos.

Ella es la causa general de los actos de los individuos de los pueblos, el instrumento oculto, pero divino, de que se vale la Providencia cuando se digna servirse de los hombres para preparar ó realizar sus planes.

La inspiracion es verdaderamente un misterio humano, cuyo origen es difícil hallar en el hombre mismo.

Viene de más arriba y de más lejos.

Hé aquí la razon por la que se le ha dado un nombre misterioso tambien, nombre que no se define apenas por ningun idioma.

Este nombre es el de *genio*.

La Providencia hace que nazca un hombre de genio.

El genio es un don, una cualidad que no se adquiere con el trabajo, que no se obtiene por la virtud, de cuya naturaleza y posesion no pueden darse cuenta ni aun aquellos mismos que lo sienten.

A este genio envia la Providencia la inspiracion.

La inspiracion es al genio, lo que el iman al metal.

Le atrae, independientemente de su conciencia y de su voluntad, hácia algo de fatal y de desconocido.

El genio sigue esta inspiracion que le arrastra, y encuentra un mundo moral ó un mundo fisico.

Cristóbal Colon era un hombre de genio.

Natural era que la Providencia, por medio de la inspiracion, le animase á realizar el descubrimiento de la América.

Hé aquí las reflexiones que se hacia el prior del convento, cuande al retirarse de su celda, preocupado con las narraciones que habia oido aquella tarde, no pudo conciliar el sueño, y meditaba en los proyectos de aquel hombre, en quien, bajo la forma del pordiosero, habia descubierto un genio privilegiado.

Sábio tambien, y á pesar de su carácter religioso, muy dado á los estudios de la ciencias relativas á la nevegacion, no podia ménos de apreciar en su justo valor todas las observaciones de Colon, ni de convencerse de que podia ser realidad lo que hasta entonces todos habian calificado de delirio.

Colon aspiraba á completar el globo, impulsado, más que por otra cosa, por la necesidad de la unidad geográfica terrestre.

Este deseo era una inspiracion de su época.

Hay ideas que flotan en el aire como miasmas intelectuales, que respiran á un tiempo millares de hombres.

Cada vez que la Providencia prepara al mundo

para sufrir cualquiera trasformacion moral, religiosa ó política, se observa con regularidad este mismo fenómeno.

Esto es: una aspiracion y una tendencia más ó ménos completa á la unidad del globo, por la conquista, por el idioma, por el proselitismo religioso, por la navegacion, por los descubrimientos geográficos, ó por la multiplicacion de las relaciones de los pueblos entre sí, y estos pueblos se convierten en uno solo, ayudados por las vías de comunicacion, por las mútuas necesidades, por los cambios de todas clases que entre ellos se operan.

Esta tendencia á la unidad del globo, en ciertas épocas, es uno de los datos providenciales más visibles en los resultados de la historia.

Así pues, cuando la gran civilizacion oriental de las indias y del Egipto parecia agotarse en la senectud; cuando Dios quiso renovar en el Asia y en el Occidente su civilizacion senil por otra más joven, más activa, más emprendedora, designó á Alejandro, el cual, sin saber por qué, abandonó los valles de la Macedonia, y el mundo conocido fué uno bajo la influencia del terror y la gloria de su nombre.

Quiso despues congregar un auditorio inmenso ante el Verbo trasformador del cristianismo en el Oriente y el Occidente, y divulgó el idioma, la dominacion, las armas de Roma y de César, desde las orillas del Golfo Pérsico hasta las montañas de la Escocia, uniendo bajo el cetro de una sola idea la

Italia, las Galias, la Gran Bretaña. la Sicilia, la Grecia, el Africa y el Asia.

Algunos siglos despues se propone arrancar á la Arabia y á la Persia de las garras de la barbárie, y hacer prevalecer el dogma irresistible de la unidad de Dios sobre la idolatria y la indiferencia de aquellos países atrasados y corrompidos.

Arma á Mahoma con el Corán y con la cimitarra, y permite al islamismo conquistar en dos siglos todo el espacio comprendido entre el Oxus y el Tajo, entre el Thibet y el Líbano, entre el Atlas y el Tauro.

Una inmensa unidad de imperio responde á una inmensa unidad de idea.

Lo mismo pasa á Cárlo Magno en Occidente; cuando su monarquía universal, situada á los dos lados de los Alpes, prepara con la Sicilia y la Germania el vasto centro, donde la civilizacion cristiana va á recibir y á bautizar las hordas bárbaras del Norte.

En nuestros dias, no ya bajo la forma de conquistar, sino bajo la forma de comunicaciones intelectuales, comerciales y pacíficas entre todos los continentes y todos los pueblos del globo, la ciencia es la que, erigiéndose en conductor universal; en vez de destruir, crea: en vez de producir el caos, difunde la luz, y sus beneficios alcanzan á todos, lo mismo al que se sienta bajo el sólio, que al humilde obrero que con el sudor de su frente gana el sustento de su familia.

Hoy es el genio de la industria y de los descubri-

mientos el que la Providencia ha elegido para realizar la más completa unidad del globo terrestre, para convertir á los hombres en hermanos.

La navegacion, la imprenta, el vapor, esta fuerza económica é irresistible que lanza al hombre, á los ejércitos y á las mercancías adonde vá su pensamiento; la construccion de las vias férreas, que horadando las montañas, vencen á los titanes de la antigüedad y nivelan toda la extension de la tierra; el descubrimiento de los telégrafos eléctricos, que dá á las comunicaciones entre ambos hemisferios la celeridad del rayo; los globos aereostáticos, que aun buscan un timon, pero que acaso no tarden en hacer navegaciones en un elemento más universal y ménos proceloso que el Océano; todas las revelaciones casi contemporáneas que la Providencia ha dado por medio de la inspiracion del genio industrial, son otros tantos elementos de concentracion, de contraccion del globo; son otros tantos lazos que unen entre sí á los hombres; lazos tan eficaces, que es imposible no ver en ellos un designio de la Providencia, un último esfuerzo hácia lo desconocido, revelándose en esto que la Divinidad reserva para nosotros, y nuestros descendientes, miras todavía ocultas á nuestra débil vista, que tal vez podrá ser la unidad del pensamiento, y de ella desprenderse la gran unidad de accion en el porvenir de los hombres.

No podia pensar de otra manera el buen prior del convento de la Rábida.

La época en que vivia se asemejaba mucho al caos.

Pero como las inteligencias superiores presienten lo que no ven, adivinan lo que no saben, no podia ménos el venerable anciano de descubrir el dedo de la Providencia en la inspiracion de que se hallaba poseido su huésped.

Era tan grandioso su pensamiento, tan poderosas las razones que alegaba para expresar su idea; por otra parte, como su monasterio estaba muy próximo al puerto de Palos, uno de los puertos de Andalucía donde más actividad reinaba entonces, habia tenido ocasion de hablar con los navegantes, y en sus narraciones y en sus creencias hallaba comprobadas las de Colon.

Partiendo de las suposiciones de los otros, iba mucho más allá.

Juan Perez de Marchena, á quien, como ya hemos dicho antes, no habian alucinado los esplendores de la córte; que habia debido á sus virtudes y talento, no al favor y á la intriga, el haber sido confesor de la reina Isabel, durante toda su vida habia profesado un inmenso amor al estudio, y no eran las ciencias naturales y los problemas que se agitaban por entonces los que ménos habian ocupado su imaginacion.

La piedad, el entusiasmo y la conviccion se apoderaron de su espíritu; vió en Colon uno de esos hombres á quienes los príncipes no comprenden, y resolvió proteger á su huésped, no tanto al principio por que ofrecia el descubrimiento de nuevas tierras, sino por la fé que tenia en esta esperanza.